

FACULTAD DE FILOSOFÍA

Manual de Ética Aplicada: De la Teoría a la Práctica

Luca Valera
María Alejandra Carrasco
(editores)



EDICIONES UC

EDICIONES UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE
Vicerrectoría de Comunicaciones
Av. Libertador Bernardo O'Higgins 390, Santiago, Chile

editorialedicionesuc@uc.cl
www.ediciones.uc.cl

MANUAL DE ÉTICA APLICADA: DE LA TEORÍA A LA PRÁCTICA

Luca Valera
María Alejandra Carrasco
(editores)

© Inscripción N° 2021-A-404
Derechos reservados
Enero 2021
ISBN 978-956-14-2779-2
ISBN digital 978-956-14-2780-8

Diseño:
versión productora gráfica SpA

Impresor:
Salesianos Impresores S.A.

CIP – Pontificia Universidad Católica de Chile

Ética aplicada : de la teoría a la práctica / L. Valera, M. A. Carrasco (editores).
Incluye bibliografías.

1. Ética aplicada.
- I. Valera, Luca, 1985-, editor.
- II. Carrasco, Alejandra, 1969-, editor.

2021

170 + DDC23

RDA

Capítulo 10

LA LIBERTAD, LA VELETA Y LA ESTATUA DE LA RESPONSABILIDAD

MARÍA ALEJANDRA CARRASCO

¿Pedro o Pablo? Tú decides...

Resumen

Los seres humanos somos libres y por eso debemos dar cuenta de nuestras acciones. Podemos elegir cómo actuar. Según cómo sean nuestras elecciones, iremos construyendo un tipo de vida y un tipo de persona. Nuestras elecciones impactan de modo directo en nuestra autorrealización (nuestra felicidad). Pero no solo en la nuestra. Nuestras elecciones también pueden, sin que nosotros nos demos cuenta, obstaculizar y hasta impedir la autorrealización de muchas personas más.

Última hora del último día del último año de colegio. La profesora de Matemáticas trata infructuosamente de dar unos *tips* finales para la prueba de admisión a la universidad, pero en el ambiente hay una tensión casi eléctrica, esperando la última campana...

Apenas empieza a sonar, los treinta, cuarenta o cincuenta alumnos saltan como con resortes de sus sillas: abrazos, cantos, gritos y, según las tradiciones de las distintas escuelas, canciones, challas, repollitos con los cuadernos, firmarse las camisas, salir a desordenar el resto del colegio. Y esa palabra que se repite en la garganta de los ex escolares: LIBERTAD. Viene el inspector, pero su voz y amenazas ya no significan nada para estos adolescentes; ni el portero les puede prohibir salir ni los profesores obligar a que se callen. Ya son libres del colegio y lo sienten. Se ríen, se desordenan, corren y dejan un caos.

La libertad tiene su raíz en lo más profundo de la persona humana y empapa todos sus actos. Sin embargo, este “sentido eufórico” de la libertad,

que medio embriaga a los estudiantes de último año, es muy distinto a la verdadera libertad. De hecho, pueden hasta entenderse como inversamente proporcionales. Así lo explica Leonardo Polo (1991, p. 219):

La conciencia de libertad es a veces más aparente que real, porque la vivencia de libertad, en tanto que se hace consciente, puede ser exultante y, sin embargo, trivial [...] Acudiremos a un ejemplo de Max Scheler: la vivencia de la libertad de una jovencita sana y rica. La jovencita se levanta por la mañana, todo lo ve color de rosa, sale a la calle y prevé un amplio abanico de posibilidades a su alcance; entonces dice: “¡Qué libre soy!”. Scheler sostiene que esa señorita se engaña: no es libre, no sabe por qué actúa. No hay que confundir el sentimiento eufórico de nuestra libertad con la verdadera libertad, porque ese sentimiento puede reflejar una libertad muy pequeña.

Cuando se actúa presa de esa sensación eufórica de libertad, se opera por impulsos, pero no por una libre determinación de la voluntad. La persona “se siente libre” pero no sabe por qué actúa. Cree que “ser libre” es no estar determinado a nada, poder hacer cualquier cosa, no estar sujeto a norma o límite alguno. Pero eso no es posible para el ser humano. Ser libre no es estar “indeterminados” (siempre y necesariamente estaremos determinados), sino estar “autodeterminados”. Es decir, que yo elija mis fines, que yo decida hacia dónde quiero ir, que yo defina el tipo de persona que quiero ser y el tipo de acciones que quiero realizar. La persona libre es la que “se decide” a sí misma, es la que adhiere voluntariamente a determinados fines, y ni los influjos de otras motivaciones ni circunstancias externas o pasiones que le sobrevengan la harán cambiar. La veleta se mueve mucho, pero no es libre. La persona libre es confiable.

1. Ética y libertad

Aunque la Real Academia Española de la Lengua define más de trece acepciones del término *libertad*, la que aquí nos interesa es aquella a la que alude Viktor Frankl al decir que, tal como existe la Estatua de la Libertad en la costa este de Estados Unidos, se debería construir una Estatua de la Responsabilidad

en la costa oeste⁴⁸. La libertad que importa en el ámbito de la ética es aquella que se asienta en el ejercicio de la voluntad y permite al hombre realizar acciones voluntarias, esto es, acciones que tengan su principio, su causa, en la misma persona que las realiza. Otras acepciones y distinciones de la libertad pueden ser más adecuadas para comprender otras esferas del conocimiento y del mundo –aunque de algún modo, naturalmente, todas apuntan al mismo fenómeno⁴⁹– pero en el ámbito de la praxis, y específicamente de la ética aplicada, la atención debe concentrarse en la acción libre o, lo que es igual, en la acción de una persona libre.

Arbol

Cuando una rama de árbol cae sobre una fina figura de porcelana y la quiebra, el dueño de la figura no puede culpar al árbol, ya que este no causó la caída sino el viento; aunque el viento tampoco sopló porque quiso, sino por las diferentes temperaturas entre masas de aire, y así todo en una cadena de causas naturales. Si la rama cayera sobre el jardinero y por el golpe este cayera sobre la porcelana y la quebrara, el dueño no puede culpar al jardinero. El jardinero no quebró, propiamente hablando, la porcelana, sino que su cuerpo fue impulsado por la fuerza de la rama, contra su voluntad, sobre la porcelana. El jardinero tuvo la mala suerte de estar justo en el lugar para formar parte de esta cadena de causas naturales. La porcelana quebrada se explica por leyes físicas, nada más.

Muy distinto es el caso si yo estoy enojada con mi marido, y como sé que le gusta mucho esa porcelana la tomo, la elevo y la arrojo contra el suelo. La porcelana se cayó y se quebró. Pero esta vez no se rompió por el curso natural de los acontecimientos; sino porque alguien (yo) interrumpió el curso natural de los acontecimientos (que llevaba a que la porcelana permaneciera en su lugar) y dio inicio a nueva cadena causal. Yo quebré, propiamente hablando,

⁴⁸ “La libertad, sin embargo, no es la última palabra. La libertad es solo una parte de la historia y la mitad de la verdad. La libertad no es más que el aspecto negativo de todo el fenómeno cuyo aspecto positivo es la responsabilidad. Es por eso que recomiendo que la Estatua de la Libertad en la Costa Este se complemente con una Estatua de Responsabilidad en la Costa Oeste” (Frankl, 2015, p. 126).

⁴⁹ Hay distinciones clásicas, como la “libertad de los antiguos” y la “libertad de los modernos” (Benjamin Constant), distinción que sirve para darse cuenta cómo ha ido variando la comprensión que se tiene de la libertad a lo largo de la historia; o la de la “libertad negativa” y “libertad positiva” (popularizada por Isaiah Berlin en su aplicación al ámbito político), relacionada también con la “libertad de” y “libertad para”, que se utiliza más en la esfera psicológica.

la figura. Fui causa, con una causalidad distinta a la natural, pero igualmente eficiente. La porcelana quebrada se explica, esta vez, por **mi voluntad**.

Una acción libre, entonces, es una acción voluntaria: aquella de la que soy dueña, de la que soy causa, y **de la que soy** –por lo mismo– **responsable**. Si yo decido dar inicio a una nueva cadena causal, si yo elijo originar un nuevo estado del mundo, debo ser capaz de dar cuenta de mis acciones, hacerme responsable de ellas. Por eso Frankl recomendaba complementar la Estatua de la Libertad, pues el poder que da **actuar libremente tiene consecuencias en los otros** y en el mundo que son demasiado grandes como para usarlo con frivolidad.

De acuerdo con la definición tradicional, **una acción voluntaria** se define como aquella que **procede de un principio intrínseco** y en la que hay **conocimiento formal del fin**. “Proceder de un principio intrínseco” significa que **yo soy quien la origina**, a diferencia, por ejemplo, del jardinero que quiebra la porcelana por haber sido empujado por la rama. Y que haya “conocimiento formal del fin” significa que, al realizarla, sé qué es lo que estoy haciendo. **Por ejemplo**, si jugando a hacer experimentos mis niños ponen veneno en la botella de aceite y yo luego cocino creyendo que era aceite, y enfermo a toda mi familia, no los “envenené voluntariamente”, puesto que no sabía que eso era veneno. Yo buscaba nutrirlos, no enfermarlos.

En este punto cabe hacer una acotación importante, ya que **solo las acciones voluntarias son moralmente imputables**, es decir, solo somos responsables de las acciones voluntarias, solo estas son libres y solo de estas debemos dar cuenta. Entonces, como bastaría que una de las dos condiciones de voluntariedad no se cumpliera para librarnos de la responsabilidad, podría ser muy conveniente la “ignorancia”. Si no me sé las leyes del tránsito, podría explicar al policía que no era mi intención usar un estacionamiento para discapacitados, solo que desconocía el significado de ese símbolo; o que no quería ir tan rápido, pero no sabía que había velocidades máximas; o en una prueba decirle al profesor que no quería hacer nada malo, pero no sabía que copiar no estaba permitido... Naturalmente, esas **excusas** no sirven. **Antes de actuar, es un deber adquirir los conocimientos requeridos** para actuar en ese ámbito. Por eso el policía tiene todo el derecho a cursarme la infracción, pues **mi ignorancia es culpable**: si voy a conducir en una ciudad, debo conocer sus leyes del tránsito. **Lo contrario se llama negligencia** y soy responsable de ella.

2. La importancia de la libertad: de adentro hacia afuera

El hombre es libre desde lo más profundo de su ser. La voluntad (que le permite ser libre) no es una facultad más, que se suma a las otras, sino que es una facultad que –si se pudiera decir así– le permite dar un salto cualitativo en la escala de los seres, de manera que él no es solo el protagonista de su vida, sino también quien va escribiendo el guión. Otros seres vivos, como los gómeros o las mariposas, protagonizan sus vidas en cuanto se mueven desde sí mismos hacia donde les resulta más conveniente para su supervivencia y plenitud de desarrollo. Sus vidas pueden ser complejÍsimas y maravillosas, como más de una vez lo hemos visto en NatGeo, Animal Planet o Discovery Planet. Pero la vida de todos los gómeros y de todas las mariposas es igual. Ellos protagonizan su vida, pero no la deciden. Su vida viene escrita en sus genes.

Con el ser humano es distinto. Nosotros somos seres libres y la libertad no es una característica de nuestros actos, sino de nuestro ser: somos libres desde lo más profundo de nuestro ser y esto explica, como veremos en la próxima sección, la importancia ética y social de nuestras decisiones. Para entenderlo bien, conviene distinguir algunas dimensiones de la libertad: hablaremos de la libertad constitutiva, la libertad electiva, la libertad moral y la sociopolítica.

A. LIBERTAD CONSTITUTIVA

Al hablar de “dimensiones” y no de “tipos”, se quiere dar a entender que la libertad es solo una, pero que se nos aparece de diversos modos según el contexto en el que se la está describiendo. En primer lugar, la dimensión más interna de la libertad es precisamente la libertad constitutiva (también llamada interior, fundamental o trascendental).

La persona es libre desde lo más profundo de su ser: somos libres porque somos una intimidad libre. Esto quiere decir que los seres humanos tenemos un espacio interior donde nos encontramos a disposición de nosotros mismos. Un espacio donde nadie puede entrar si no lo dejo, un “dentro” inviolable donde puedo mantener una creencia, un amor, un sueño, sin que nadie tenga cómo saberlo si yo decido no comunicarlo. Esta es la “intimidad”, el “dentro libre” que caracteriza a los seres racionales y que, en última instancia, significa que me encuentro a disposición de mí misma, que me poseo en el origen, que soy dueña de mí y de mis propias manifestaciones.

Entonces, en este espacio interior solo mío, en este ámbito protegido de miradas extrañas, de censuras o necesidad de aparentar, yo decido mis fines, yo elijo qué quiero hacer con mi vida, yo diseño mi proyecto de vida, mi conducta, según el tipo de persona que quiero ser. Todos los seres vivos se autorrealizan, tienden hacia su plenitud. Los animales irracionales lo hacen siguiendo ciegamente lo que mandan sus instintos; los animales racionales lo hacemos determinando, primero, cuál es mi plenitud, cuáles son los fines a los que yo quiero tender, dónde está mi felicidad; y, segundo, buscando los medios para alcanzar dichos fines⁵⁰. Hay fines específicos (de la especie a la que pertenecemos), pero la gran mayoría son fines individuales, personales; yo libremente elijo mis fines: yo soy un fin en sí mismo⁵¹.

Con todo, no basta un proyecto para ser feliz. Nadie puede vivir dentro de la maqueta de su casa. La libertad quiere realizarse y debemos ir cumpliendo, en el tiempo, con nuestros fines. La felicidad, la plenitud, la autorrealización, dependen de las decisiones y acciones que vayamos haciendo cada día. Por eso se dice que la libertad constitutiva es “inclinación a la autorrealización”, es inquietud de libertad, es tendencia a la acción.

Finalmente, tras constatar la grandeza del ser humano en cuanto intimidad libre, tras darnos cuenta de que yo dependo de mí, que mi destino y mi felicidad están en mis manos, es importante reconocer que nuestra libertad, a pesar de la profundidad que alcanza, no es sin embargo infinita. La libertad humana es una “libertad situada”, pues se sitúa en un contexto que limita y condiciona nuestros proyectos vitales. Así, por ejemplo, nuestra libertad está limitada por las leyes físicas: yo no puedo optar por salir a sobrevolar Santiago en esta tibia mañana de invierno porque, por más que aletee con mis brazos, no me elevaré ni un centímetro del balcón y, por el contrario, la ley de gravedad me atraerá con su implacable aceleración de 9,8 metros por segundo al cuadrado (es decir, con bastante rapidez) hacia la calle. Y eso, a pesar de mi libertad... Por otro lado, así como estamos insertos en un universo con

⁵⁰ Naturalmente, como miembros de una especie, también hay ciertos fines específicos que debemos cumplir; aunque nuestra libertad llega a tal punto que incluso hay algunos de ellos que podemos decidir no cumplir (por ejemplo, hacer una huelga de hambre y dejar de alimentarnos).

⁵¹ La libertad constitutiva fundamenta y nos permite hablar de la dignidad de las personas, ya que, entendiendo lo que ella significa, se comprende que cada uno es fuente de su propio actuar. Desde aquí se suelen justificar los derechos humanos.

sus propias leyes físicas y es en ese cosmos donde ejercemos nuestra libertad, debemos contar también con que nuestra libertad es una **libertad encarnada**. Somos seres racionales, pero también somos un cuerpo y en nuestro ser hay realidades que tienen su propia legalidad. Yo no puedo medir más de lo que mido, ni hacer que mi pelo deje de crecer solo por un acto de la voluntad. Asimismo, y muy importante, somos una “libertad creada”, es decir, nosotros no nos dimos la existencia, no elegimos existir. Ninguno de nosotros estaba aburrido “en la nada” y pensó “qué entretenido sería existir” y apareció. Eso es contradictorio: si “estaba” aburrido, entonces ya existía. Nosotros aparecimos, fuimos **“arrojados a la existencia”**, como afirma la célebre frase del existencialismo contemporáneo. Aparecimos en el mundo sin buscarlo, sin elegirlo. Y aparecimos como seres humanos, no como gómeros ni mariposas. Nada de eso dependió de nuestra libertad.

Hay, por último, un contexto o situación que condiciona de modo importante la libertad y que merece un párrafo aparte puesto que, quizás, no es tan obvio como los demás. Me refiero a **la realidad social**. Los humanos somos una especie gregaria, vivimos en sociedades y desarrollamos culturas. En ellas nacemos, ahí somos socializados y aprendemos a ver el mundo de cierto modo, a seleccionar ideales, a discriminar entre lo bueno y lo malo. **La cultura conforma en gran parte nuestra identidad**. Es verdad que nosotros podemos influir y cambiar la cultura, pero es ingenuo creer que la cultura no influye en nosotros. Incluso el lenguaje, el idioma que hablemos, tiene sesgos que nos hacen ver y comprender el mundo de cierto modo y no otro⁵². El lenguaje es *logos*, pensamiento; y como sea el lenguaje será nuestro pensamiento. Las personas no partimos de cero. **Somos una intimidad libre, pero estamos “situados” en un universo con sus propias leyes físicas, en un cuerpo que no decidimos**. Pertenece a una especie con todas sus ventajas y desventajas y en el marco de una realidad social que también pone ciertos límites, y muchos condicionamientos, a los proyectos que podamos siquiera imaginar para nuestra vida⁵³.

⁵² Al respecto, son muy interesantes los estudios del llamado “relativismo lingüístico” del antropólogo Edward Sapir, quien afirma –tal vez con demasiada radicalidad– que el lenguaje determina (no solo condiciona) el pensamiento y la percepción.

⁵³ Si a los 20 años un joven decide ser pianista profesional pero nunca en su vida ha estudiado música, es probable que ese proyecto esté vedado para él, por la educación que (no) recibió. Si una joven de la alta aristocracia inglesa del siglo XVII quería ir a la universidad, aunque

¿Significa eso que no somos libres? Por supuesto que no. La libertad no es absoluta, pero tampoco es inexistente. Dentro de límites muy amplios, podemos y debemos determinar nuestros fines; podemos y debemos decidir nuestras vidas; podemos y debemos definir qué clase de persona queremos ser.

B. LIBERTAD ELECTIVA

Si la libertad constitutiva es la inclinación a la autorrealización, con la libertad electiva (o también llamada libre arbitrio) empezamos a ejecutar nuestro proyecto. Muchos, al pensar en la libertad, creen que la libertad es solo esta: solo capacidad de elegir entre una cosa u otra. Naturalmente esto no puede ser todo: ¿por qué, o con qué criterio elegiríamos si no conocemos nuestro fin, si no sabemos lo que queremos? Elegir a ciegas, como en un concurso de televisión, puede ser divertido para la tele, pero nadie querría dirigir así su vida. Sería, de hecho, lo más opuesto a “ser dueño de uno mismo”.

La libertad electiva es una libertad acerca de los medios. El fin al que todos tendemos, hacia el que se encamina nuestra vida, es el bien, la plenitud. Así como la razón humana está determinada hacia la verdad, la voluntad humana está determinada al bien. Por eso, si de algún modo fuese posible que en este mundo se nos presentara el bien absoluto, infinito, total, tenderíamos necesariamente hacia él. Pero, como eso no sucede, solo se nos presentan bienes parciales, bienes finitos, y nuestra voluntad puede optar entre ellos.

En definitiva, si podemos autodeterminarnos y elegir entre distintos bienes (una u otra oferta de trabajo; un u otro curso de acción; un u otro ideal de vida; una u otra estrategia, una u otra actitud), es porque todos son o nos parecen “en algo buenos”⁵⁴, y como no podemos tenerlos todos (a menudo, son excluyentes) nos corresponde optar por alguno. Y son o nos parecen buenos, ¿para qué? Son buenos para cumplir los fines que nos hemos

se disfrazara de hombre, su círculo social no aceptaría que una dama se dedicara a esos quehaceres. O si una niña del Chile de los años setenta quería ser futbolista, pues sentía que era su vocación más profunda, tampoco tenía la posibilidad social ni la aceptación cultural para lograr ese fin.

⁵⁴ Quizás hay que subrayar el “nos parecen”. Existen “bienes aparentes”, es decir, aparecen como buenos, pero en el fondo no lo son. También existe el “autoengaño”, como cuando estamos tan empeñados en ver algo como bueno que terminamos creyendo sinceramente que lo es, cuando no es el caso. Y, así, muchas complejidades de nuestra psicología.

propuesto, son “buenos medios” para nuestros fines, para aquel proyecto de vida, para aquel ideal de carácter, para aquel tipo de persona que yo, en el fondo, en mi intimidad libre, quiero ser.

C. LIBERTAD MORAL

Tanto la libertad constitutiva como la libertad electiva las tenemos por el simple hecho de ser personas. La libertad moral, en cambio, debemos conquistarla: pertenece al ámbito de lo que podemos denominar praxis o “vida lograda” (en oposición a vida *malograda*) y la obtenemos según vayan siendo nuestras propias decisiones. En definitiva, *la libertad moral nace del buen uso de mi libertad electiva*. Como acabamos de decir, la libertad electiva consiste en la posibilidad de optar entre diversas alternativas. Yo ejerzo esa libertad tanto si voto por el candidato A como si voto por el candidato B; tanto si elijo defender al anciano que está siendo discriminado como si elijo permanecer en silencio; tanto si elijo estudiar para la prueba como si elijo copiar. Sin embargo, *algunas de esas opciones son buenas y otras, menos buenas* o definitivamente malas (aunque en algún aspecto se nos aparezcan como buenas). *¿Cuál es el criterio?* También lo dijimos antes: mi fin, *mi felicidad*, mi plenitud⁵⁵.

En consecuencia, nuestra libertad electiva puede ser bien o mal usada. *Solo cuando la usamos bien (elegimos el bien) va engendrando la libertad moral*, que consiste entonces en el fortalecimiento y la ampliación de la capacidad humana. Para entender bien esto, hay que recordar la noción de *virtud*⁵⁶, que son *hábitos adquiridos por medio de la repetición de actos buenos* que fortalecen nuestras disposiciones facilitando su operación para conseguir fines arduos. Cada vez que elegimos el bien, vamos consolidando en nuestro carácter la disposición para volver a elegirlo y se nos va haciendo cada vez más fácil acertar. La contraparte son los *vicios*. Cada vez que elegimos

⁵⁵ Aristóteles, en el primer libro de la *Ética Nicomaquea*, señala que todo hombre desea por naturaleza ser feliz. Ese es el fin que todos compartimos, nuestro fin-final. Naturalmente, en mi proyecto de vida, concreto un poco más ese fin. Quiero, por ejemplo, ser un excelente arquitecto, prestigiado y respetado. Pero ¿para qué quiero eso? Para ser feliz. Actualmente, en la universidad, no quiero reprobar ningún ramo. ¿Por qué? Para egresar a tiempo, para ser arquitecto, para ser excelente, para ser feliz. Así, nuestros fines van tendiendo todos al mismo fin: alcanzar la plenitud como personas, ser felices.

⁵⁶ Ver, en la Primera Parte, capítulo 2, acerca de la ética de la virtud; y más adelante, capítulo 11, dedicado exclusivamente a las virtudes.

lo malo, incorporamos en nuestro carácter la facilidad o mayor tendencia a elegir mal, **debilitamos nuestra voluntad**, y se nos vuelve cada vez más difícil cambiar y elegir bien.

En términos de **libertad electiva**, elegir el bien o elegir el mal da lo mismo, pues en ambos casos se está actualizando la **capacidad de elegir**. En términos de libertad moral, en cambio, es totalmente distinto, ya que **la virtud lleva a un rendimiento positivo de la libertad**. Para entender esta relación entre virtud y libertad, es importante no reducir la noción de virtud a su relación con las normas morales, sino entenderla descriptivamente, como lo que son: **las virtudes son excelencias del carácter**, hábitos que consolidan nuestras disposiciones de manera que estas cumplan del mejor modo sus fines, que son precisamente los fines humanos. **Las virtudes entonces nos hacen mejores personas**: personas más fuertes, serenas, amables, leales, perseverantes, etc.

Entendido así, a nadie le puede extrañar que las virtudes morales impliquen una ganancia de libertad, en el sentido de una expansión de nuestra capacidad operativa. **Pongamos un ejemplo: un par de gemelos**, muy talentosos, buenos para el deporte, artistas y excelentes alumnos en el colegio. Ninguno de los dos sabe qué estudiar en la universidad. Les gusta la Medicina, la Ingeniería, pero también les apasiona la actuación y varias cosas más. Uno de ellos, Pedro, aunque se sabe inteligente, asume que debe estudiar para mantener un promedio que le permita entrar a Medicina, si esa fuera su opción al terminar el colegio. El otro, Pablo, piensa lo mismo. Sin embargo, el carácter de estos hermanos es un poco distinto. Pablo es un “tentado” y cuando lo llaman los amigos para una *pichanga*, no se aguanta y va. Pedro se queda estudiando, pero Pablo piensa que finalmente él es bien inteligente, ha puesto atención en clases, y mañana puede levantarse más temprano para repasar todo antes de la prueba. Van al mismo preuniversitario el sábado temprano. Pedro decidió que no saldría los viernes por la noche, porque no podría levantarse a tiempo el sábado. Pablo también lo decidió, pero justo este año lo invitaron a unas fiestas demasiado importantes y, aunque se propuso volver temprano, todo ha sido tan entretenido, lo ha pasado tan bien, que muchas veces siguió de largo hasta el sábado... Finalmente, llega el día de la prueba de admisión a la universidad. Pedro tiene un muy buen promedio de notas, y en la prueba le va excelente. Pablo, un promedio regular, y en la prueba le va pésimo.

Conclusión: Pedro y Pablo son igual de inteligentes, pero **uno hizo un buen uso de su libertad electiva** (Pedro eligió los medios que mejor le conducían

a su fin, en este caso, poder elegir qué estudiar) y adquirió virtudes que lo ayudaron a potenciar más y más sus fortalezas. El otro hizo un mal uso de su libertad electiva y cada vez le resultó más difícil rechazar lo que lo alejaba de sus fines. Cuando aparecen los resultados, Pedro pondera un puntaje que le permite elegir lo que quiera: Medicina, Ingeniería, Artes, Teatro, cualquier cosa. Pablo, por el contrario, ni siquiera alcanza el puntaje para postular: Queda fuera de la universidad, no puede elegir nada. Pedro, con sus acciones, fue ganando libertad: él se abrió un abanico de opciones, él puede ahora decidir lo que más le guste. Pablo, en cambio, fue cerrándose alternativas, fue debilitándose, fue poniendo obstáculos cada vez más grandes para lograr sus fines, su felicidad.

Entonces, desde la perspectiva de la propia vida, la libertad moral es la realización de la libertad fundamental a lo largo del tiempo. Nosotros tenemos la tarea de vivir nuestra vida, configurar nuestra biografía e identidad, y lo hacemos por medio de nuestras decisiones, cuyos resultados se van incorporando en nuestro carácter. Los proyectos que hemos forjado se deben encarnar en acciones. Ahí se juega la libertad moral: en tratar de realizar nuestros ideales, llegar a ser quien uno quiere ser.

D. LIBERTAD SOCIAL Y POLÍTICA

La libertad social o política es la más externa de las libertades, pero no por ello es menos importante. Consiste en la liberación de los obstáculos que impiden que las personas puedan realizar su proyecto vital. La libertad, el proyecto o ideal de vida que cada cual ha definido para su felicidad, exige ser realizado, ejecutado en el tiempo. Para que ello suceda, se requiere de una sociedad que lo permita, que dé la posibilidad a los ciudadanos de cumplir sus metas.

Esta libertad se puede impedir de muchas maneras y frustrar, así, la autorrealización de las personas. Incide en ello la falta de oportunidades económicas, de libertad política, de trabajo, de posibilidades educativas, de poder generar lazos afectivos, etc., es decir, todo lo que obstaculice que las personas puedan desenvolverse naturalmente, sembrando y cosechando el fruto de su esfuerzo. Cuando falta esta libertad, se habla de una situación de “miseria”, que puede ser la miseria económica, pero también existe la miseria política, o moral o afectiva. Si en el Reino Unido se creó en el 2019 el Ministerio de la Soledad, entendiendo que este era un grave problema

de salud pública y que aumentaba considerablemente el riesgo de suicidio de los adultos mayores, significa que hay algo en la sociedad que está impidiendo que las personas sean felices. Si Pedro se hubiera graduado con la nota máxima de la educación escolar y, a pesar de su esfuerzo y estudio, le hubiera ido muy mal en la prueba de admisión a la universidad, significa que en su sociedad hay miseria educacional: no todas las personas tienen la posibilidad de educarse bien, condición fundamental para lograr sus metas y autorrealizarse. Si con buena educación y puntaje no hubiera podido estudiar porque todas las universidades cobraban aranceles desmedidos, y no había posibilidad alguna de créditos o becas, es miseria económica, que impide a amplios sectores de la sociedad desarrollarse como ellos han elegido. Si la cultura no presenta ideales que valgan la pena y reduce todo al consumismo y la superficialidad, o si las redes sociales censuran las opiniones diferentes, nos condenamos a la miseria moral, a ser hombres-masa, pobres tontos, objetos de manipulación.

3. Conclusión. Libertad: de afuera hacia adentro

En las secciones anteriores hemos subrayado la importancia de la libertad a partir de la libertad constitutiva, que nos permite decidírnos, diseñar nuestro proyecto de vida para, luego, haciendo uso de la libertad electiva, elegir las acciones que —en el caso de que hagamos buen uso de esta— lo van ejecutando. Como solo de nosotros depende qué acción elijamos, somos responsables de ella y de sus consecuencias. Por eso Frankl abogaba por la Estatua de la Responsabilidad en la otra costa de EE.UU. El mero uso de la libertad no basta para hacer de un país (o de un ser humano) próspero y feliz. Pedro y Pablo actuaron libremente, uno triunfó en su vida y el otro fracasó⁵⁷, y ambos por propia responsabilidad. En el uso que hagamos de nuestra libertad, en las acciones que realicemos, nos jugamos, al final de cuentas, nuestra propia felicidad.

Pero en estos últimos párrafos quisiera destacar otro aspecto. Si en el país de Pedro y Pablo los educadores, o los profesores de su escuela, hubieran

⁵⁷ Obviamente fracasar en un examen no significa fracasar en la vida. Como este es solo un ejemplo, se caricaturiza la situación para explicar cómo el buen uso de la libertad abre opciones, mientras que el mal uso las va cerrando.

hecho mal su trabajo –les daba flojera pasar toda la materia, les era más fácil dejar a los alumnos irse más temprano, no ponían malas notas para no tener problemas, etc.–, a Pedro no le podría haber ido bien en la prueba de selección y no habría podido concretar su proyecto de vida. Las malas decisiones de esos profesionales habrían quitado libertad a esos jóvenes, y los habrían condenado a una situación de miseria. O si los gobernantes de ese país solo velaran por sus intereses y no promovieran la creación de empleos; o si los jueces abusaran de su poder y mantuvieran por desidia al padre de los gemelos detenido; o si la psicopedagoga se hubiera querido ir antes a casa y pasó por alto el déficit atencional de alguno que habría podido superarlo; o si el ingeniero hubiera calculado mal el puente y este se hubiera desplomado matando a la mitad de la familia de los gemelos, se abortan también los sueños de Pedro. Pablo, es cierto, perdió su libertad por su propia responsabilidad, por sus malas decisiones y acciones, por ser un veleta. Pedro lo hizo todo bien, pero las decisiones y acciones de otros, la responsabilidad de otros, podrían haber abortado su autorrealización y su proyecto de vida.

No es verdad que mi libertad termina donde empieza la libertad del otro, como se repite sin pensar mucho. El uso que doy a mi libertad, mis acciones libres, construyen mi vida y construyen mi sociedad. Por tanto, mis elecciones buenas me autorrealizan y posibilitan la autorrealización de los demás, y mis elecciones malas me dañan e impiden la autorrealización de los demás. La libertad no separa a las personas, nos hace interdependientes. La libertad, la decisión ética, debería siempre conjugarse en plural.

BIBLIOGRAFÍA

- Aristóteles. (1983). *Ética Nicomaquea*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Berlin, I. (1998). “Dos conceptos de libertad”, en: *Cuatro ensayos sobre la libertad*. Madrid: Alianza.
- Constant, B. (2019). *La libertad de los modernos*. Madrid: Anaya (Introducción y traducción Ángel Rivero).
- Frankl, V. (2015). *El hombre en busca de sentido*. Barcelona: Herder.
- Polo, L. (1991): *Quién es el hombre. Un espíritu en el tiempo*. Madrid: Rialp.

BIBLIOGRAFÍA SUGERIDA

- Carrasco, M. A. (2011). “Relativismo, tolerancia y libertad”, en: Carrasco, M. A., *Problemas contemporáneos de antropología y bioética*, Santiago de Chile: IES.
- MacIntyre, A. (2001). *Tras la virtud*. Barcelona: Crítica.
- Mill, J. S. (2017). *Sobre la libertad*. Madrid: Ediciones Akal.
- Taylor, Ch. (1994). *La ética de la autenticidad*. Madrid: Paidós.
- Vicente, J. y Choza, J. (2002). *Filosofía del hombre. Una antropología de la intimidad*. Madrid: Rialp.
- Yepes, R. y Aranguren, J. (1999). *Fundamentos de antropología. Un ideal de la excelencia humana*. Pamplona: EUNSA.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

1. Relea la larga cita del comienzo de esta sección, acerca de la “jovencita sana y rica”, y explique utilizando los distintos conceptos que se han ido desplegando a lo largo de la sección por qué tanto Max Scheler como Leonardo Polo afirman que, a diferencia de lo que ella siente, no es verdaderamente libre.
2. Discuta con algún compañero de carrera en qué medida las acciones de su profesión podrían contribuir o, por el contrario, obstaculizar la libertad social y política, al punto de dificultar e incluso impedir la autorrealización de otras personas. Dé, al menos, cinco ejemplos.
3. Reúnase con algunos compañeros y traten de imaginar los distintos tipos de miseria que puede vivir una sociedad. Piense en libros que haya leído, películas, series de televisión, etc., donde se ven sociedades, culturas, ambientes, etc., distintos al que usted vive. Enumérenlos, expliquen por qué coartan la libertad de las personas y luego compártenlos con los otros grupos.